



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II AL NUEVO EMBAJADOR DE ETIOPÍA ANTE LA SANTA SEDE*

Viernes 14 de diciembre de 1979

Señor Embajador:

Le estoy agradecido por los buenos deseos que amablemente me ha transmitido de parte del Excmo. Coronel Mengistu Haile Mariam, Jefe del consejo administrativo militar provisional de Etiopía Socialista.

Al recibir las Cartas que acreditan a Su Excelencia como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Etiopía, pienso con admiración y estima en la larga historia de su país. Con igual admiración y estima pienso en el amor de su pueblo a los valores hondamente enraizados en su cultura cristiana, por amor a los cuales se ha esforzado tenazmente en conservar la propia identidad.

Tales valores deben ser tenidos en cuenta para comprender al hombre y su progreso. La dimensión completa del hombre comprende valores materiales y espirituales. Entre éstos, los valores espirituales son preeminentes. El compartirlos no les hace disminuir, sino más bien los acrecienta. Son éstos los que dan significación plena a los bienes materiales e indican el modo recto de utilizarlos. Como dije cuando hablé en la [Asamblea General de las Naciones Unidas](#), la primacía de los valores espirituales sobre los materiales "influye en lograr que el desarrollo material, técnico y cultural estén al servicio de lo que constituye al hombre; es decir, que le permitan el pleno acceso a la verdad, al desarrollo moral, a la total posibilidad de gozar de los bienes de la cultura que hemos heredado y de multiplicar tales bienes mediante nuestra creatividad" (núm. 14, *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 14 de octubre, pág. 14).

La Iglesia considera deber suyo defender y promover estos valores espirituales. Piensa que el

mensaje para cuyo servicio ella existe, desarrolla las aspiraciones más profundas de los pueblos a la dignidad, unión fraterna y verdad, las fortalece y ayuda a colmarlas. Se regocija cuando están reconocidos los valores del espíritu, y con gusto colabora con los que trabajan para garantizar que se disfrute de estos valores lo más plena y extensamente posible.

Me da satisfacción el que la Iglesia católica se esté esforzando por desempeñar su tarea educativa, caritativa y social también en su país. Como ya he dicho, tengo gran estima del pueblo de Etiopía y me da gozo pensar que la Iglesia le brinda sus servicios. Le prometo mis oraciones por su pueblo para que goce de paz, prosperidad y toda clase de bendiciones.

Su Excelencia tiene una misión importante y de responsabilidad en el mantenimiento y mayor desarrollo de buenas relaciones entre Etiopía y la Santa Sede, y en el progreso internacional de la comprensión y la armonía. Que Dios le guíe y ayude en su misión.

**L'Osservatore Romano*. Edición semanal en lengua española, 1980, n.2, p.11.